

Tema general: La ciencia como componente esencial de la vida actual. Problemas éticos.

Primera clase: “La ciencia como instrumento de nuestra libertad”.

Dictante: Dr. Rubén L. Vasconi

INTRODUCCIÓN

El hombre se ha pensado a sí mismo y ha pensado su relación con el mundo y la sociedad de dos modos diferentes y contrapuestos. Esto nace de que, cuando nos preguntamos por nuestro ser, surgen dos evidencias igualmente fuertes pero contrapuestas. Todo hombre siente:

- a) Ser un yo, es decir, un individuo, sujeto con nombre propio, distinto de los demás hombres y de las cosas del mundo. Esta distinción supone una distancia, estar separado (no fundido), distante de lo demás.

Este ser distante de toda realidad hace del yo un ser solitario pero esta soledad es la condición de su libertad: sólo si logro cortar todos los lazos que me atan a los demás y al mundo, puedo disponer de mi vida a mi antojo.

- b) Pero, por otro lado, todo hombre siente pertenecer, ser parte de su familia, grupo de amigos, de su comunidad política y, en última instancia, del mundo. Esta pertenencia (pensemos por ejemplo en la pertenencia a nuestra familia) amortigua nuestra soledad, nos protege y nos brinda seguridad. Pero esta seguridad la pagamos al precio de una disminución de nuestra libertad. Atado por lazos de lealtad al grupo al que pertenezco, ya no puedo disponer caprichosamente en mi vida.

Aunque ambas ideas están siempre presentes, una de ellas suele aparecer como dominante o “típica” de un grupo humano en un tiempo determinado.

La idea de pertenencia domina en el mundo antiguo y medieval.

Vivir bien es encontrar nuestro lugar (= nuestro destino o vocación) en el mundo natural o social que se suponen son algo bello y ordenado. De ese modo el sabio logra, según la expresión del estoicismo, “vivir conforme a la naturaleza” (= el Todo) o, según la propuesta del catolicismo tradicional, subir a la “nave de Pedro” ya que “fuera de la Iglesia no hay salvación”.

En esta propuesta, las virtudes fundamentales son la abnegación, la renuncia al propio interés, al yo, la humildad, el sentimiento de solidaridad, etc. y los pecados más terribles, la soberbia, el orgullo, la ambición desmedida. El premio por cultivar las virtudes consiste en que, integrándome en el todo al que pertenezco, logro la seguridad de mi salvación.

La visión moderna del hombre, que se configura hacia los siglos XVII y XVIII y de la cual somos directos herederos, invierte esta perspectiva. En lugar de la pertenencia acentúa, como lo que constituye la dignidad humana, el valor de la libertad. Ser hombre es ser libre y todo lo que aumente nuestra libertad promueve el desarrollo de nuestra humanidad.

DESARROLLO

El hombre moderno como un “sujeto libre”

Aparece, en el nacimiento de la modernidad, un nuevo vocabulario: ser hombre es ser un sujeto y el mundo es el conjunto de los objetos. Ser sujeto o ser objeto son modo de ser contrapuestos. Por tanto, el ser del hombre es ser lo contrario del mundo, ya no pertenece al mundo sino que lo enfrenta.

Ahora bien: el hombre es esencialmente libre, pero el mundo, como conjunto de los objetos es un límite para nuestra libertad. (Ob-jectum; ob-jeción, ob-stáculo; aquello contra lo cual choco, lo que me impide seguir hacia delante). Se tratará de hacer de estos obstáculos una materia prima al servicio de nuestra libertad.

Cambia ahora el sentido y la función de la ciencia. Ya no será más, como lo fue para Aristóteles, Teoría, una reflexión que me ayudaría a contemplar y comprender la belleza y el orden del universo. Ahora se convierte en instrumento de nuestro poder.

El hombre moderno se autoafirma como un sujeto seguro de sí (recordar Descartes: pienso, luego yo existo) y al mismo tiempo establece una distancia respecto del mundo. La nueva relación no será de pertenencia y armonía sino de hostilidad y explotación. Exponiendo las intenciones profundas de sus investigaciones, dice Descartes:

“Es posible encontrar una (filosofía) práctica, por medio de la cual, conociendo la fuerza y las acciones del fuego, del aire, de los astros, de los cielos y de todos los demás cuerpos que nos rodean... podríamos aprovecharlos en todos los usos a que sean propios y de esta manera hacernos como dueños y poseedores de la naturaleza.

...(Esto nos permitiría) gozar sin ningún trabajo de los frutos de la tierra”

Se expresa aquí, en el deseo de ser amos y señores de la naturaleza, el grandioso proyecto de la modernidad. Gracias a esta ciencia, íntimamente unida a la tecnología, el hombre hace *la experiencia de su poder*. El mundo deja de ser el Hogar o la Venerada Madre Tierra para convertirse en una materia prima sobre cuya base el hombre crea un nuevo mundo más acorde a sus deseos.

El principio de la ética antigua fue “vivir conforme a la naturaleza”. Ahora es el principio contrario el que orienta la vida: se trata de hacer la naturaleza “conforme a nuestros deseos”.

Esta nueva tarea de la ciencia como instrumento de nuestra libertad aparece claramente en la metáfora cartesiana llamada: “El árbol del conocimiento”.

El campo total del saber puede ser pensado como un árbol, cuya raíz la constituye la Metafísica (estudia las verdades primarias válidas para los objetos del pensar), el tronco es la Física (estudia los caracteres generales y las leyes básicas de la naturaleza) tronco del cual se desprenden tres ramas; la mecánica, la medicina y la moral.

La mecánica incluye todo lo que hoy llamaríamos ingeniería: los saberes prácticos que nos permiten transformar el mundo: desviar los ríos, aplanar las montañas, generar nuevos vegetales y animales con propiedades distintas, etc., es decir, convertir todos esos objetos (=obstáculos) en útiles al servicio de nuestros deseos libremente elegidos.

La medicina haría algo semejante con ese trozo de la naturaleza que tan directamente nos afecta, nuestro cuerpo: librarnos de la enfermedad, de los achaques y dolores de la vejez, etc.

Y, por último, tenemos la moral. Aquí debemos hacer una aclaración lingüística. Hasta hace muy poco, todavía los franceses llamaban ciencias morales (de mores, costumbres) a lo que nosotros acostumbramos a designar las “ciencias sociales”: la sociología, la economía política, la psicología social, etc. El conocimiento de las leyes que rigen la vida o el mundo social nos permitirían crear una “ingeniería social”, que haga también del mundo social y del estado una materia dócil para la realización de nuestra libertad (Pensemos, como ejemplo, en las transformaciones sufridas en el gobierno desde la monarquía absoluta, en cual los hombres eran meros “súbditos” subordinados a los caprichos del monarca, a los sistemas republicanos que convirtieron al antiguo monarca en un mandatario sujeto a nuestros mandatos ya que somos ahora nosotros lo mandantes). Así también, gracias a la ciencia y la tecnología política, habríamos convertido al estado en instrumento de nuestra libertad.

Llegados a este punto, nos preguntamos: si este programa se llevase a cabo plenamente, ¿qué ocurriría? El dominio total de los fenómenos físicos, el dominio total

de los procesos orgánicos y la comprensión y el dominio total del mundo social (terminaríamos con los desórdenes, las miserias, las injusticias), ¿no haría aparecer un mundo conforme a nuestros deseos, un mundo en que se realizaría sin trabas nuestra libertad?

Retomemos el tema: la ciencia promueve nuestra libertad porque nos libera de nuestra dependencia de la naturaleza.

Así, nos libera la luz eléctrica de los ciclos del día y la noche, el aire acondicionado de la alternancia de las estaciones, la dinamita y las topadoras transforman el paisaje. El hombre moderno hace, de este modo, *la experiencia de su poder*: en lugar de estar sometido al mundo somete el mundo a su voluntad. El sujeto es primariamente no un yo soy o yo conozco sino un yo quiero, acción transformadora y no contemplación de lo dado. La realidad aparece, en consecuencia, cada vez más como su propia obra. Esto vale también para su propio ser, cuya limitación trata siempre de superar. El hombre moderno se dota de alas y vuela, fabrica escafandras y vive bajo el agua. La radio y la televisión le permiten ver, escuchar y hablar a cualquier distancia.

Sin embargo, es claro que todas estas transformaciones que dotaban al cuerpo de nuevos poderes, se apoyaban en prótesis, artefactos, mientras el organismo permanecía inalterado. Pero hoy estamos dando un nuevo paso.

El bioeticista J. A. Mainetti observa que frente a la medicina tradicional a la que llama curativa o restauradora y que entiende la enfermedad como un desvío de la función natural y a la curación como un retorno a la naturaleza, se estaría gestando en nuestros días una nueva medicina a la que caracteriza con distintos nombres (Pigmaliónica, Antropoplástica) y a la que designaremos tomando otra de las denominaciones usadas por el autor: Medicina del Deseo.

Podemos ilustrar la idea con un ejemplo muy sencillo: que una mujer joven no pudiese tener descendencia era un problema para la medicina tradicional porque “es natural” que una mujer joven sea fecunda. Pero que una mujer de 70 años no pudiese tener hijos no era un problema médico porque “es natural” que, considerando todos los esfuerzos que significa la crianza de los hijos es razonable que la capacidad de engendrarlos se pierda en la edad avanzada (y en esto se ve cuán sabia es la naturaleza). Pero si a pesar de lo avanzado de su edad esta mujer “desea ardientemente” tener descendencia (y aquí aparece un nuevo criterio para que la medicina decida qué hacer) se organizará una compleja tecnología al servicio de este deseo y habremos trascendido los límites que la naturaleza pretendía imponer a nuestra libertad. Se tratará en adelante, para la nueva medicina, contando con una poderosa tecnología de producir seres humanos mucho más bellos y perfectos de los

que lograba la naturaleza y sobre todo conformes a nuestros deseos y que den testimonio de nuestra libertad.

En todos estos intentos de dominar la naturaleza dentro y fuera de nosotros, se revela el esfuerzo por realizar el mismo ideal humano: ser hombre es ser libre, en la libertad radica la dignidad humana

Cuando estas metas de pleno dominio del estado y la naturaleza, fuera y dentro de nosotros, se hayan realizado, seremos plenamente humanos porque habríamos conquistado la libertad.

El hombre moderno hace así la experiencia del poder y la libertad pero también la de la distancia y la soledad, ante todo respecto del mundo pero también respecto del prójimo. Con este hombre nace el individualismo competitivo. La misma relación hostil y explotadora que ha establecido con el mundo la traslada a la relación con demás seres humanos. Hace así la experiencia de la soledad radical.

El hombre moderno surge como un sujeto libre, poderoso, distante, solitario.

REFLEXIONES FINALES

La ciencia, como instrumento de poder, ha sido la herramienta de esta liberación.

A la tibieza de la pertenencia, la hemos cambiado por el frío de la soledad libre, a la fraternidad amorosa que experimentaba San Francisco conviviendo con sol, las flores y los animales, la hemos reemplazado por la hostilidad y la lucha, el celoso orgullo de nuestra libertad, hace imposible la solidaridad.

¿Hemos ganado o hemos perdido? Kant consideraba que el hombre que piensa por sí mismo ha llegado a la mayoría de edad. Es verdad, ¿pero no nos gustaría volver a ser niños y sumergirnos de nuevo en la tranquilizante tibieza del hogar? Además, la afirmación de nuestro poder, ¿no nos está llevando a la destrucción de la naturaleza? ¿Avanzamos hacia el triunfo, la gloria o hacia una espantosa derrota?

Hoy se habla de una crisis de los ideales de la modernidad, de que se estaría gestando una época posmoderna, dejando atrás a la modernidad.

Me parece que es una suerte estar vivos en estos tiempos tan difíciles y llenos de dudas y controversias ya que en ellos estaríamos asistiendo al nacimiento de una nueva humanidad.